

Olga de León y Carlos Alejandro

# Pequeño homenaje a Daniel Sada

*Milagro o seducción: sin previo aviso.*

En la media de la calle: allí donde nadie se para: por aquello de que desemboque un coche sin frenos o que traiga mucha prisa por cualquier bagatela, su dueño; en ese indómito nicho: la mujer agarrada de su huerco -aferrada cual si fuera un crucifijo- estaba tiesa, como momia que se hubiese vuelto tal.

Petrificada: nadie la veía o nadie parecía prestarle atención ni a ella ni a su inmovilidad.

En otros tiempos, en otra hora, cualquiera se habría asomado a ver la cara de la que no acababa de cruzar la calle: para mirar siquiera si tenía alguna necesidad -y, así, brindársela. Aunque sólo la pidiera con la mirada muda y la boca sin que le brotaran palabras, la gente de entonces sabría eso y más- ...pero, ahora era otra cosa, otros años: eran otras las costumbres... y otros eran los miedos.

El reloj encima de la torre más alta de la iglesia acababa de ahogar la última campanada de las doce. Adentro de las casas -pocas y viejas por ese rumbo- sus moradores trajinaban o se disponían a sentarse a la mesa para comer: en ese pueblo, la gente solía comer entre doce y doce treinta del medio día. La comida era un evento sagrado, cuyo disfrute agradecían al cielo: especialmente por tener alimentos puestos a la mesa... ya calientes, ya solo tibios o aun fríos: pero, ¡los había!

En ese momento, justo cuando la mujer se detiene en la media de la calle, sin que se le vea intención de avanzar o retroceder, el cielo empezó a nublarse y los relámpagos iluminaron con cierta teatralidad la escena, tal que parecía haber crecido, haberse magnificado: la efigie abrazada de su bulto: el huerco.

No llovía aún, cuando el auto se detuvo a un par de metros de la mujer: ni se inmutó: era como si ni cuenta se hubiese dado del tal, ni de la marcha que se detuvo a la vera de su humanidad.

La calle continuaba desolada, el sol se había ocultado repentinamente, las nubes y relámpagos pintaron el entorno perfecto, sólo hacía falta que la mujer se desplomara, para que la circunstancia cobrara mayor intensidad, y así fue: cayó sobre el pavimento sin dejar de asirse al hijo envuelto en el sarape, de rodillas, y luego se derrumbó de costado con el brazo izquierdo cuidando a su huerco, cuidándole la cabeza: como si supiera -desde antes- que iba a caer así... y que el niño podía golpearse contra el quemante asfalto, a pesar de la nublazón recién brotada en el cielo.

Del auto bajó primero un hombre; luego una mujer, y atrás de ellos se llegó junto a los dos, un adolescente de entre trece o catorce años.

- ¿Qué le pasa señora?

- ¿Está enferma?, Manuel.

- No lo sé mujer, cómo quieres que lo sepa, igual que tú acabo de acercármele.

- Papá, podemos llevarla al hospital, yo te ayudo a levantarla.

- ...y yo cargaré a su niño, - dice la esposa.

- Miren, nos ve sin miedo, con ternura: como si supiera que solo queremos ayudar a su madre...

Señor, apiádate de nosotros, de todos nosotros: del Gumersindo y de sus padres, y de toda mi familia: mis tatas y mis hermanos. Pero hoy te pido más por mí y por mi hijo, este huerco que vino a ser nuestra alegría y nuestro dolor: ¿qué le pasa?, Señor: por qué me lo diste bueno y a luego se volvió otro: sin habla, y como sin piernas ni brazos... Señor, no te ensañes con él por las maldades que hagamos el Gumersindo o yo, o los dos juntos: que no somos ángeles ni demonios; pero, pos qué se le hace, él tiene sus necesidades y yo las mías: ¡darles de comer a mis hijos!

Nadie estaba en aquel jacalón que fungía como iglesia. Sola: la mujer, en medio de las butacas, a la mitad de la salida y la entrada principal, tenía la vista fija - a ratos en un lado: el atrio; a ratos en otros: el piso o el cielo- y solo la dejaba de fijar para volver sus ojos sobre el niño que cargaba, con el que apenas podía, no porque estuviera el huerco muy grande, cuanto sí porque ella tenía realmente trabadas las piernas y los brazos por las desfallecidas fuerzas que había ido dejando en el camino: de la ranchería al pueblo... Y casi sin probar alimento, apenas unos sorbos de agua y de té para mantenerse alerta y algún mendrugo de pan, para no desmayar, pero tampoco quedarse dormida o...

Se había decidido a oír misa, después de permanecer por más de cinco horas sentada a la entrada del templo, con el niño entre sus piernas y con una mano extendida: señal de los pedigüños. Y no le faltaron monedas en la palma de su mano ni en el pocillo que tenía por un lado; pero, más fueron las miradas desviadas, la indiferencia de los feligreses y los comentarios que sin recato iban dejando caer los más melindrosos o los tacaños: "otra india que ya se halló el modo de vivir sin trabajo en el pueblo", o: "será que pide para ella y su chamaco...", "no creo, ha de ser para el pulque del hombre que le engendró tal hijo".

Salió como entró: abrazada de su hijo y con la cabeza gacha. No halló respuesta a sus ruegos: el hijo seguía igual y ella aún era muy pobre -a pesar de las monedas- como para llevarlo al dispensario.

Recógenos, Señor, en Tu Seno: mejor estaremos Contigo que con Gumersindo o en este pueblo; - esa fue la última idea que cruzó su mente, antes de que se volviera efigie o momia: antes, también, de que desfalleciera.

El sol volvió a brillar, a la media de aquella

calle. Ni una gota de lluvia amainó el calor ese día. De las casas -pocas y viejas, ya he dicho- empezó a emigrar -con el aire seco- el característico olor a medio día: arroz con chícharos, frijoles en bola o de la olla, tortillas recién salidas de comal flaco de tan usado.

Se levantó como pudo -nadie la ayudó- dejando en el asfalto un zarape medio viejo... y vacío: totalmente vacío. La familia que intentó socorrer a la mujer, regresó al auto; el padre lo puso en marcha... durante el trayecto a su destino -ni por el resto de sus vidas- hablaron más del tal.

La mirada tierna del niño y la petrificación de la madre agarrada a él cual crucifijo, aflorarían en adelante: a la media de cualquier calle: sin previo aviso.

*Ilusión y realidad.*

Renqueaba, ella renqueaba por la polio sufrida desde niña. "Me saluda a su mamá", escribió, visitaría a la suya en Puebla viajando en avión desde Tijuana a México y luego en camión dos horas más.

Ese día, mi madre y yo leímos: Daniel Sada; pero antes de que mi voz condujera la lectura, vi -en el calendario colgado en una pared de la cocina- la imagen enorme de una luna redonda, al frente de un cielo celeste, y por encima de una "colonia" de pingüinos. A los tales se les veía caminando sobre el verde pasto: uno que nunca podría encontrarse junto a una playa, ni junto a ningún otro pedazo de mar. Sobre el cuadro marcado con el número quince: el lunes, y hasta el otro marcado con el dieciséis, escrito en pluma a modo de recordatorio, resaltaba la pregunta -cuyo verdadero o indefinido significado habría que averiguar- "¿Luz?": había escrito alguien: (seguramente); aunque no vi ningún recibo de pago cerca: esto también: (cetero).

Pero, ese día, habría de definirse. Luz no había aparecido por mi departamento el lunes, cuando me fui con Calíope. Luz escribiría -hasta la noche del dieciséis- un mensaje que yo no sé si querría entenderlo bien o mal, como: "no, yo no". Así es que: ¿Luz?: No, Luz no. Calíope ya existe, es una realidad: ¿efímera o perdurable? Quién puede saberlo: ni ella, ni yo.

Pero: ¿Daniel Sada? Sí, Daniel Sada: tres cuentos: El Aprovechado, Pase lo que pase y Antes: el aviso.

*Corolario*

"Tallerear" es casi un arte en sí mismo, más allá del simple goce y sobrepasa a cualquier necesidad, -exceptuando quizás -solo quizás- a las primarias- cuando el arte-oficio ha devenido en esencia de uno mismo: segunda piel o sustituto del oxígeno: cuando el tal se enrarece.

Guillermo Apollinaire

## Una bella película

¿Sobre qué conciencia no pesa un crimen? -preguntó el barón d'Ormesan-. Por mi parte, ya no me tomo la molestia de contarlos. He cometido algunos que me produjeron dinero, y si hoy no soy millonario, debo culpar más bien a mis apetitos que a mis escrúpulos.

En 1901, en unión de unos amigos, fundé la Compañía Internacional Cinematographic, a la que para abreviar llamamos C.I.C. Nuestro propósito era producir una película de gran interés y pasarla luego en los cinematógrafos de las principales ciudades de Europa y América. Nuestro programa estaba bien trazado. Gracias a la indiscreción de uno de los domésticos, pudimos obtener una escena interesantísima que representaba al presidente de la República, en momentos en que se levantaba de la cama. Siguiendo idéntico procedimiento, también logramos la filmación del nacimiento del príncipe de Albania. En otra oportunidad, después de comprar a precio de oro la complicidad de algunos funcionarios del Sultán, pudimos fijar para siempre la impresionante tragedia del gran visir MalekPacha, quien, después de los desgarradores adioses a sus esposas e hijos, bebió, por orden de su amo y señor, el funesto café en la terraza de su residencia de Pera.

Sólo nos faltaba la representación de un crimen. Pero, desdichadamente, no es fácil conocer con anticipación la hora de un atraco y es muy raro que los crim-

inales actúen abiertamente.

Desesperando de lograr por medios lícitos el espectáculo de un atentado, decidimos organizarlo por nuestra cuenta en una casa que alquilamos en Auteuil a esos efectos. Primeramente habíamos pensado contratar actores para un simulacro de ese crimen que nos faltaba, pero, aparte de que con ello hubiésemos engañado a nuestros futuros espectadores al ofrecerles escenas falsas, habituados como estábamos a no cinematografiar más que la realidad, no podíamos satisfacernos con un simple juego teatral por perfecto que fuera. Llegamos así a la conclusión de echar suerte, para establecer quién de entre nosotros debía juramentarse y cometer el crimen que nuestra cámara registraría. Mas ésta fue una perspectiva ingrata para todos. Después de todo, éramos una sociedad constituida por personas de bien y nadie tomaba a broma eso de perder el honor ni aun por fines comerciales.

Una noche decidimos emboscarnos en la esquina de una calle desierta, muy cerca de la villa que alquiláramos. Éramos seis y todos íbamos armados con revólveres. Pasó una pareja: un hombre y una mujer jóvenes, cuya elegancia muy rebuscada nos pareció a propósito para acondicionar los elementos más interesantes de un crimen pasional. Silenciosos, nos abalanzamos sobre la pareja y amordazándolos los

condujimos a la casa. Allí los dejamos bajo el cuidado de uno de nuestro grupo, volviendo a nuestra posición. Un señor de patillas blancas vestido con traje de noche apareció en la calle; salimos a su encuentro y lo arrastramos a la casa a pesar de su resistencia. El brillo de nuestros revólveres dio razón de su coraje y de sus gritos.

Nuestro fotógrafo preparó su cámara, iluminó la sala convenientemente y se aprestó a registrar el crimen. Cuatro de los nuestros se colocaron al lado del fotógrafo apuntando con las armas a los cautivos.

La joven pareja estaba todavía desvanecida. Los desvestí con atenciones conmovedoras: despojé a la muchacha de la falda y el corsé, dejando al joven en mangas de camisa. Dirigiéndome al señor de esmoquin, le dije:

-Señor: ni mis amigos ni yo deseamos a usted ningún mal. Pero le exigimos, bajo pena de muerte, que asesine, con este puñal que arrojo a sus pies, a este hombre y a esta mujer. Ante todo, usted tratará de que vuelvan de su desmayo; tenga cuidado que no lo estrangulen. Como están desarmados, no cabe la menor duda de que usted logrará su propósito.

-Señor -repuso cortésmente el futuro asesino- no tengo más remedio que ceder ante la violencia. Usted ha tomado todas las resoluciones y no deseo en lo

más mínimo modificar una decisión cuyo motivo no se me aparece claramente; voy a pedirle una gracia, sólo una: permítame cubrirme el rostro.

Nos consultamos y resolvimos que era mejor así, tanto para él como para nosotros. Coloqué sobre la cara del hombre un pañuelo en el que previamente habíamos abierto dos orificios en el lugar de los ojos, y el individuo comenzó su tarea.

Golpeó al joven en las manos. Nuestro aparato fotográfico empezó a funcionar, registrando esta lúgubre escena. Con el puñal dio unos puntazos en el brazo de su víctima. Ésta se puso rápidamente de pie, saltando, con una fuerza duplicada por el espanto, sobre la espalda de su agresor. La muchacha volvió en sí de su desvanecimiento y acudió en socorro de su amigo. Fue la primera en caer, herida en el corazón. Luego la escena se concentró en el joven, que se abatió de una herida en la garganta. El asesino hizo las cosas bien. El pañuelo que cubría su rostro no se había movido durante la lucha, y lo conservó puesto todo el tiempo que la cámara funcionó.

-¿Están ustedes conformes? -nos preguntó-. ¿Puedo ahora arreglarme un punto?

Lo felicitamos por su labor. Se lavó las manos, se peinó, cepillándose luego el traje. Inmediatamente, la cámara se detuvo.